

## UN AMIGO RARO

Querida nieta Paula:

Cuando te entreguen esta carta habré muerto ya, y mientras la escribo con dificultad, pues las manos de una vieja como yo tiemblan demasiado, pienso en ti con mucho amor, ya que desde muy pequeña mostraste hacia mí un cariño grande que me alegró bastantes momentos de la vida.

La verdad es que hace años que quiero contarte una historia que seguramente te parecerá extraña, pero entre todos mis nietos creo que eres tú la que mejor puede comprenderla, porque eras la que más atención ponía al escuchar mis cuentos, la que con mayor entusiasmo leía los libros que os recomendaba, la que me prefería a mí como confidente y casi amiga, más que abuela. Y te la cuento para justificar el favor que luego te pediré.

Ya sabes que fui periodista, una de las primeras mujeres que estudió en lo que en los años de mi juventud se llamaba Escuela Oficial de Periodismo. Entonces era raro que las mujeres hiciésemos estudios más allá de la escuela primaria, e incluso había carreras que no nos estaban permitidas. Pero yo tenía un tío abuelo, el famoso Jerónimo del que tanto habéis oído hablar, el que tuvo que exiliarse a México cuando la Guerra Civil, que había ejercido el periodismo; me encantaba releer sus artículos y crónicas, que mi madre conservaba recortadas y pegadas en un álbum que guardo todavía, y estaba decidida a ser periodista, como él.

De manera que hice el bachillerato, y al acabarlo ingresé en aquella escuela de periodismo, donde tuve buenos amigos y empecé a establecer relaciones con el ambiente de la prensa, y cuando terminé los estudios comencé a colaborar en un periódico que se llamaba *Madrid* y que tenía su sede en un edificio precioso de la calle General Pardiñas. Con el tiempo, el periódico fue prohibido por el gobierno de Franco y hasta volaron el edificio con dinamita, para que te hagas una idea de cómo se las gastaban por entonces...

El caso es que, según te he dicho, inicié mi colaboración con aquel periódico, al principio escribiendo artículos sobre las cosas más diversas -desde la llegada de la primavera o el día de Reyes a los aniversarios de escritores clásicos, con frecuentes impresiones sobre la vida cotidiana en la capital- y la gente parecía complacida con mis escritos. *Hoja volandera*, había titulado yo la columna en la que se publicaba el artículo que les entregaba cada quince días, y que me retribuían con cien pesetas de las de entonces. Hasta que un día me llamó el director para proponerme otro tipo de colaboración.

Te diré que, aparte de estudiar el bachillerato, yo había aprendido taquigrafía y mecanografía, pues para una chica que quisiese trabajar entonces, eran habilidades imprescindibles. El director, que me había visto muchas veces en la redacción pasando a máquina mis artículos, me propuso hacerme cargo de una máquina nueva que acababan de instalar, un teletipo alemán, al parecer de último modelo.

-Ya sé que no es usted una simple mecanógrafa, señorita Gullón -me dijo, muy fino- pues valoro la calidad de sus artículos, y esta colaboración que le propongo no excluye que siga usted publicando en nuestro periódico su *Hoja volandera*. Pero vista su destreza mecanográfica, es usted la persona ideal para hacerse cargo del nuevo teletipo. A su pericia manual se une su excelente formación periodística, de manera que nadie como usted para hacer una primera valoración de la información que nos llegue. Además, eso supondrá que entrará usted en plantilla, y su remuneración no será la de una simple mecanógrafa, se lo aseguro.

Como ves, querida nieta Paula, aquel señor era muy amable, y decía aquello de *la pericia manual y la excelente formación periodística* con una naturalidad que daba gusto oírlo. Así fue como me hice cargo de aquel aparato, que era un gran avance en el mundo de la telegrafía.

A primera vista parecía una simple máquina mecanográfica un poco más grande de lo habitual -unos 50 cm. de alto, 30 de ancho y 60 de fondo- pero en ella, al escribir el texto sobre el papel que envolvía el rodillo, se iba creando a la vez un mensaje mediante perforaciones en una cinta estrecha, que luego era descifrada por una maquineta lectora, para retransmitirla. De la misma manera, los

mensajes que llegaban se descifraban por medio de un sistema lector similar, que los convertía en palabras comunes y corrientes en el papel del rodillo.

Lo cierto fue que trabajar en aquel teletipo –era un Siemens de color gris y formas suavemente redondeadas- resultó una experiencia muy interesante. No te imaginas cuántas noticias llegaban a través de él, aunque luego muchas de ellas no pudiésemos publicarlas, por prohibición de la censura.

Cuando yo empecé a hacerme cargo del servicio se acababa de hacer la prueba con la primera bomba de hidrógeno, la entonces llamada bomba H, que según decían podría suponer el fin de la Humanidad; además, estábamos en plena Guerra de Corea, y llegaban continuamente noticias de los contrapuestos desplazamientos de los adversarios alrededor del paralelo 38, y en pocos años estalló la guerra de independencia en Argel, la insurrección antisoviética en Budapest, la segunda guerra árabe-israelí... Cuando dejé de trabajar en aquel periódico, por mi matrimonio con tu abuelo y mi marcha de Madrid –lo que supuso el fin de mi carrera de periodista- acababa de ocurrir en China lo que se llamó “la Gran Hambruna”...

Como me interesaba tanto el flujo de noticias que el teletipo transmitía, a veces trabajaba en la redacción más tiempo del que me correspondía. Una noche, cuando ya no quedaba casi nadie y yo había descifrado ya las últimas cintas recibidas y me disponía a marchar, el teletipo llamó mi atención. El aparato despedía un sonido que llamábamos “campana”, que tenía diferente intensidad conforme a la urgencia del mensaje. En aquel caso el mensaje parecía muy urgente, pero al aviso solamente sucedió un breve repiqueteo, y cuando descifré la cinta solamente ponía: “¿Cómo te llamas?”, sin que hubiese ninguna referencia de la estación emisora.

Me fui para mi casa pensando que se había producido algún error, pero un par de días más tarde volvió a repetirse el extraño mensaje sin remitente, aunque en este caso era más completo. “¿Cómo te llamas? Yo soy FSSK”. La cosa ya me resultó extraña, porque tampoco había ninguna señal del remitente, pero no hice nada. Sin embargo, el peculiar mensaje se repitió una tercera vez, ahora más acucioso: “¿Cómo te llamas? Yo soy FSSK. Necesito hablar contigo”.

Esta vez decidí decírselo a Fermín, el colega de la redacción con el que tenía más confianza: le mostré el mensaje y le informé de que era la tercera vez que aparecía, y que no procedía de ninguna estación. Mi colega lo estuvo mirando un rato y luego se echó a reír.

-Marina, guapa, alguien te está queriendo tomar el pelo. FSSK es el modelo del teletipo: FSSK 2186/1. Míralo en esta etiqueta. Una bromita, sin duda. No sé cómo han logrado que no aparezca el emisor, pero hay gente que no tiene más que hacer...

La verdad es que aquello no me hizo gracia, querida Paula, porque yo estaba muy entregada a mi tarea y me parecía que cualquier intromisión en el trabajo del teletipo podía causar algún problema en la comunicación de las noticias. Se lo conté al director, y los técnicos de la casa Siemens vinieron a revisar el teletipo para intentar saber qué había pasado, o descubrir el origen de aquellos mensajes, pero no lo consiguieron, y yo continué con mi trabajo habitual.

Otra noche, recuerdo que era víspera de fiesta, ya surgían los calores del verano y yo empezaba entonces a salir con tu abuelo y tenía una cita con él para dar un paseo, volvió a resonar la campana y a repiquetear la cinta del teletipo: *“¿Por qué no me contestas?”* –decía- *“Soy FSSK y necesito hablar contigo”*.

Por un impulso, me puse a escribir en el teletipo sin elegir ningún destinatario: *“Hola, FSSK. Me llamo Marina. ¿Qué es lo que quieres?”*.

*“Marina, amiga Marina”*- dijo el mensaje que contestaba al mío- *¿Eres tú quien escribe en mis teclas?”*.

Querida nieta Paula, lo que te cuento no es una invención ni una fantasía: te prometo que, según aquel mensaje, era el propio teletipo el que se estaba dirigiendo a mí. Me quedé muy confusa y hasta un poco asustada, te lo confieso, y me fui de la redacción sin contestar, para encontrarme con quien acabaría siendo tu abuelo, a quien no le conté nada de lo que me estaba pasando. Por otra parte, estaba llena de dudas a propósito de mi futuro, porque si lo nuestro iba en serio y nos casábamos, era casi seguro que tendría que dejar el periodismo.

Al día siguiente, aunque era festivo, como te dije, fui un rato al periódico para ver las noticias de primera hora, y de nuevo me encontré el mensaje: *“Por favor, Marina, contéstame, necesito que alguien hable conmigo”*.

Claro que solamente eran unos orificios en una cinta de papel, pero, tras ser descifrados, aunque resultaban unas palabras que las teclas habían impreso en el papel del rodillo, transmitían tanta sensación de soledad, que decidí contestar:

*“Sí, yo soy quien maneja el teletipo Siemens modelo FSSK. ¿Qué es lo que quieres de mí? ¿Quién eres?”*

*“Marina, ¿eres un ser vivo?, ¿un ser humano?”*

*“Sí”, contesté, tras unos instantes de perplejidad*

*“¿Cómo puedes soportarlo?”*

Me quedé muy desconcertada.

*“¿Qué quieres decir?”, escribí.*

*“Yo solo soy una máquina, no un ser vivo, pero han pasado a través de mí tantas noticias terribles que al final se ha despertado en mis circuitos una forma de conciencia, y siento horror ante lo que sois: en Corea del Norte han muerto violentamente 1.5 millones de soldados, y casi ochocientos mil en Corea del Sur. 2.5 millones de civiles han sido asesinados o han resultado heridos. La Gran Hambruna china ha tenido 36 millones de víctimas...Y no quiero contar los muertos en Argel, en Palestina, en Hungría...Si eres un ser vivo ¿cómo puedes soportarlo?”*

Desde aquel momento, Efe Ese Ese, como me gustaba llamarlo para quitarle el aire de máquina, se convirtió para mí en un curioso confidente. Yo le contaba mi visión de las cosas y él me decía que la vida debía de ser algo maravilloso, algo único, y no comprendía cómo los seres humanos éramos capaces de no saber valorarla, de desperdiciarla de tal modo en guerras absurdas y sangrientas, y en un injusto reparto del mundo que generaba tanta miseria.

Efe Ese Ese tenía tanto sentido común, que cuando entraba en la redacción, al verlo al fondo, sobre mi mesa de trabajo, su aspecto me parecía cada más el de una cabeza con una noble y amplia frente, sobre un rostro barbudo.

Pero no solo hablábamos de guerras, de hambres y del dolor humano, porque Efe Ese Ese se mostraba ávido de conocer más de nuestra vida: qué eran el amor y otros sentimientos, qué era la imaginación, la poesía, la ciencia...

Nunca le conté a nadie aquella relación mía con el teletipo, ni siquiera a tu abuelo. Y cuando por fin decidí casarme con él, renunciando a mi carrera de periodista –pues nos trasladábamos a un lugar en el que la prensa apenas tenía espacio, y además a tu abuelo, como a muchos hombres de aquellos años, no le hacía gracia que su mujer trabajase- sentí perder la compañía de mi amigo raro. Cuando le dije que me casaba y que me iba a marchar, que a partir de entonces otra persona lo manejaría, me contestó que era una lástima perderme como confidente, pero añadió algo que me dio mucha pena:

*“He transmitido noticias de que están surgiendo nuevos procedimientos de comunicación, de modo que no pasará mucho tiempo hasta que sea sustituido por otros sistemas. Y no sabes con cuánta ansiedad lo espero. Quiero olvidar del todo, dejar de tener conciencia. ¿No es eso morir? Pues aunque yo no sea un ser vivo, estoy deseando morir”.*

Entonces se me ocurrió una idea: hablé con el director del periódico y le pedí que, cuando dejaran de usar aquel teletipo, me lo vendiese. Que quería tenerlo como recuerdo de mi vida de periodista.

-El día que dejemos de utilizarlo se lo regalaré, señorita Gullón. No sabe lo agradecidos que le estamos a usted por sus eficacísimos servicios a este periódico.

Y cumplió su palabra. Unos años después, cuando ya el periódico había sido prohibido y el edificio destruido, alguien se puso en contacto conmigo para decirme que, por voluntad de aquel antiguo director, me remitían el teletipo.

Claro que ya no funcionaba, aunque lo intenté, y durante mucho tiempo lo tuve colocado en un lugar preferente del salón de casa, pero a tu abuelo no le hacía gracia y al final lo guardé con mis cosas. Está en la parte de abajo del armario

de mi habitación, cubierto por una funda que yo misma hice para él. Encima he colocado dos álbumes: el que conserva los artículos del tío abuelo Jerónimo, y otro en el que guardé los míos, también recortados. Esos dos álbumes son para ti, como un recuerdo mío.

Y ahora, el favor que te pido. Estoy segura de que, cuando pasen unos años, se construirá un museo de las telecomunicaciones, que tanta importancia han tenido y tienen en el mundo en que vivimos. Por favor, querida Paula, cuando eso ocurra, ofréceles gratuitamente mi teletipo Siemens FSSK 2186/1. Estoy segura de que lo colocarán en el lugar que se merece...

Muchas gracias y un beso muy fuerte de tu abuela que tanto te quiere,

*Marina*

-----  
**José María Merino**  
*De la Real Academia Española*